SEGUNDA PARTE

Sobre los cuerpos y las personas políticas en el espacio global

CAPITULO 6 - El cuerpo como estrategia de acumulación

Tengo completamente claro que el cuerpo es una estrategia de acumulación en el sentido más profundo.
Donna Haraway, Society and Space, 1995, p. 510.

El capital circula, por así decirlo, a través del cuerpo del trabajador como capital variable y convierte, por consiguiente, al trabajador en mero apéndice de la propia circulación del capital.
David Harvey, The Limits to Capital, 1982, p. 157.

De hecho, los dos procesos la acumulación de hombres y la acumulación de capital son inseparables.
Michel Foucault, Discipline and Punish, 1975 [1995], p. 221.

¿Por qué nos centramos en estas citas? En parte, la respuesta descansa en la extra Ordinaria eflorescencia de interés por «el cuerpo» como base de todo tipo de pesquisas teóricas a lo largo, aproximadamente, de las dos últimas décadas. ¿Pero por qué esta eflorescencia? La respuesta breve es que una pérdida contemporánea de confianza en categorías previamente establecidas ha provocado un retorno al cuerpo como base irreducible de entendimiento (Véase capítulo 1 y Lowe, 1995, p. 14). Pero contemplar el cuerpo como locus irreducible para la determinación de todos los valores, significados y significaciones no es algo nuevo. Fue fundamental para muchas ramas de la filosofía presocrática, y la idea de que el «hombre» o el «cuerpo» es «la medida de todas las cosas» goza de una larga e interesante historia. Para los antiguos griegos, por ejemplo, «medida» iba mucho más allá de la idea de comparación con un criterio externo. 8 consideraba «una forma de intuición de la esencia de todo» percibida mediante los sentidos y la mente. Dicha intuición de los significados y las proporciones internas se consideró fundamental para conseguir una percepción clara de las realidades generales del mundo y, en consecuencia, fundamental para llevar una vida armoniosa y ordenada Nuestras tesis contemporáneas, como señala Bohm (1983), han perdido esta sutileza y se han vuelto relativamente groseras y mecánicas, aunque parte de nuestra terminología (por ejemplo, la noción de «medida» en música y arte) indica un significado más amplio.

La resurrección del interés por el cuerpo en los debates contemporáneos proporciona, por lo tanto, una bien recibida oportunidad para reevaluar las

bases (epistemológicas y ontológicas) de todas las formas de indagación. Teóricas feministas y queer han liderado el camino, mientras intentaban desenmarañar cuestiones de género y sexualidad en la teoría y en las prácticas políticas. Y la cuestión de cómo la medida perdió su conexión con el bienestar corporal ha vuelto a convertirse en un problema epistemológico de cierta importancia (Poovey, 1998). La tesis que quiero presentar aquí es que la forma de este retorno al «cuerpo como medida de todas las cosas» es crucial para determinar cómo se deben construir y comprender los valores y los significados. Deseo en especial volver a un significado relacional más amplio del cuerpo como «la medida de todas las cosas» y proponer una forma más dialéctica de comprenderlo que pueda conectar mejor los discursos sobre el cuerpo con ese otro giro discursivo que ha situado a la «globalización» en el centro del debate.

1. LOS PROCESOS CORPORALES

Comenzaré con dos propuestas fundamentales. La primera, derivada de escritores tan diversos como Marx (edición de 1964), Elias (1978), Gramsci (edición de 1971), Bourdieu (1984), Stafford (1991), Lefebvre (1991), Haraway (1991), Butler (1993), Grosz (1994) y Martin (1994), es que el cuerpo constituye un proyecto inacabado, histórica y geográficamente maleable en ciertos sentidos. No es, por supuesto, infinita ni siquiera fácilmente maleable, y algunas de sus cualidades inherentes («naturales» o biológicamente heredadas) no se pueden borrar. Pero el cuerpo sigue evolucionando y cambiando de formas que reflejan tanto una dinámica transformadora interna (a menudo el centro del trabajo psicoanalítico) como el efecto de procesos externos (más a menudo invocados en los enfoques sociales constructivistas).

La segunda propuesta, en gran medida coherente con la primera (si no implícita mente contenida en ella), es que el cuerpo no es una entidad cerrada y sellada, sino una «cosa» relacional que se crea, limita, sostiene y en última instancia se disuelve en un espacio temporal de procesos múltiples. Esto supone una perspectiva relacional y dialéctica en la que el cuerpo (interpretado como una entidad similar a una cosa) interioriza los efectos de los procesos que lo crean, lo apoyan, lo sostienen y lo disuelven. El cuerpo que habitamos y que es para nosotros la medida irreducible de todas las cosas no es en sí irreducible. Esto lo convierte en algo problemático, especialmente en cuanto «medida de todas las cosas».

El cuerpo es internamente contradictorio, debido a los múltiples procesos sociológicos Que convergen en él. Por ejemplo, los procesos metabólicos que sostienen un organismo suponen intercambios con su entorno. Si los procesos cambian, el organismo o L n se transforma y se adapta, o bien deja de existir. De manera similar, la mezcla de actividades performativas de que dispone el cuerpo en un lugar y un momento determinados no es independiente del entorno tecnológico, físico, social y económico en el tiene su ser. Y las prácticas representativas que operan en la sociedad modelan igualmente al cuerpo (y con las formas de vestir y las posturas se proponen todo tipo de significados simbólicos adicionales). Esto significa que los enfrentamientos a un sistema dominante de representación del cuerpo (por ejemplo, los establecidos por las teorías feministas y queer en años recientes) se convierten en enfrentamientos directos con las prácticas corporales. El efecto neto es decir que distintos procesos (físicos y sociales) «producen» (tanto desde el punto de vista material como representativo) tipos corporales radicalmente diferentes. Distinciones de clase, raciales, de

género y de cualquier otro tipo se marcan sobre el cuerpo humano por medio de los diferentes procesos socioecológicos que lo afectan.

Explicar de este modo la cuestión no es considerar que el cuerpo sea un producto pasivo de procesos externos. Lo notable de los organismos vivos es la forma en que captan flujos de información o energía difusos para unirlos en formas complejas pero bien ordenadas. Crear orden a partir del caos es, como señalan Prigogyne y Stengers (1984), una propiedad vital para los sistemas biológicos. Como «máquina de los deseos» capaz de crear orden no sólo en sí misma sino también en sus entornos, el cuerpo humano es activo y transformador en relación con los procesos que lo producen, lo sostienen y lo n disuelven. Así, las personas corpóreas dotadas de capacidad semiótica y voluntad moral "hacen de su cuerpo elementos constructivos en lo que desde hace tiempo denominamos «la política corporal».

Al calificar el cuerpo (el individuo y el yo) de poroso en relación con el entorno, se enmarcan las relaciones «yo/otro» (incluida la relación con la «naturaleza») de una forma particular. Si, por ejemplo, comprendemos que el cuerpo interioriza todo lo que hay (en otra parte be esbozado una firme doctrina sobre las relaciones internas; Véase Harvey, 1996, capítulo 2), también es válida la proposición contraria. Si el yo interioriza todo, puede constituir «la medida de todas las cosas». Esta idea se retrotrae a: Protágoras y los griegos. Permite considerar al individuo como una especie de descentralizado centro del cosmos o, como prefiere llamarlo Munn (1985, pp. 14, 17) en su ilustrativo análisis sobre las prácticas sociales de la isla melanesia de Gawa, «el espaciotiempo corporal actúa como signo condensado del espaciotiempo más amplio del que forma parte». Sólo si se contempla el cuerpo como algo abierto y poroso al mundo se puede considerar significativamente de esta manera. No es así como se contempla el cuerpo en la tradición occidental dominante. Strathern (1988, p. 135) subraya el problema:

> *La persona occidental, socializada e internamente controlada, debe emerger como microcosmos del proceso de domesticacíón por el que los recursos naturales se ponen al ser»: vicio del uso cultural, [...] La única relación interna aquí es la forma en la que partes de la persona «pertenecen» a dicha persona. Otras relaciones proceden del exterior. Los atributos de la persona se modifican así por la presión externa, al igual que los atributos de las cosas, pero siguen siendo intrínsecos a la identidad de esa persona.*

Pero en el caso melanesio:

> *La persona es una conmemoración viviente de las acciones que la han producido, [...] las personas son una forma objetivada de las relaciones, y no es la supervivencia del yo la que: está en juego sino la supervivencia o terminación de las relaciones. Comer no significa necesariamente alimentarse; no es un acto intrínsecamente beneficioso, como se considera en la perspectiva mercantil occidental, para la que el yo está de esa manera perpetuando su propia existencia. El comer, por el contrario, expone a la persona melanesia a; todos los riesgos de las relaciones de las que está compuesta. [...] El crecimiento desde el punto de vista social no es un reflejo de la alimentación; por el*

contrario, al ser un receptáculo adecuado de la alimentación, la persona alimentada es testigo de la eficacia de una relación con la madre, el padre, el marido de la hermana o quien sea que la está alimentando. [...] El consumo no es simplemente cuestión de autosustitución, por lo tanto, sino el reconocimiento y control de las relaciones. [...] El yo como sujeto individual existe [...] en su capacidad de transformar relaciones (Strathern, 1988, p. 302).

La tradición occidental sólo capta esta concepción relacional del cuerpo, del yo, del individuo y, en consecuencia, de la identidad política en los modos dialécticos de argumentación. Se pueden encontrar vestigios de ella en la obra contemporánea de ecologistas radicales (cfr. Naess y Rothenberg, 1989) y la perspectiva está ahora extendida en la teoría literaria y feminista. Constituye un rechazo de la concepción del mundo tradicionalmente atribuida a Descartes, Newton y Locke, que fundamenta el ideal de tiempo «civilizado» e «individualizado» (interpretado como una entidad en el espacio-tiempo absolutos y como ámbito de derechos de propiedad inalienables y circunscritos) en buena parte del pensamiento occidental.

Se colige, por lo tanto, que la forma de producción del espaciotiempo está inextricablemente conectada con la producción del cuerpo. «Con la llegada de la lógica cartesiana», se queja Lefebvre (1991, p. 1), «el espacio había entrado en el reino de lo absoluto, [...] el espacio pasó a dominar, al contenerlos, a todos los sentidos y a todos cuerpos». Lefebvre y Foucault (particularmente en Vigilar y castigar) hacen aquí causa común: liberar a los sentidos y al cuerpo humano del absolutismo de ese mundo newtoniano/cartesiano de espacio y tiempo producido se convierte en elemento central de su estrategia emancipadora. Y eso significa enfrentarse a la tesis mecanicista y absoluta mediante la que se contiene y disciplina al cuerpo. ¿Pero mediante qué prácticas corporales se ha producido esta concepción cartesiana/newtoniana del espaciotiempo? ¿Y cómo se pueden subvertir dichas concepciones?

Encontramos aquí un peculiar rompecabezas. Por una parte, volver al cuerpo humano como fuente de toda experiencia (incluida la del espacio y el tiempo) se considera en la actualidad un medio (ahora cada vez más privilegiado) de enfrentarse a la entera red de abstracciones (científicas, sociales, políticas y económicas) a través de las que se definen, representan y regulan las relaciones sociales, las relaciones de poder y las prácticas materiales. Pero, por otra parte, ningún cuerpo humano está fuera de los procesos sociales de terminación. Volver a esto es, por lo tanto, ejemplificar los procesos sociales contra los que supuestamente nos estamos rebelando. Si, por ejemplo, los trabajadores se transforman, como sugiere Marx en *El capital*, en apéndices del capital en el lugar de trabajo y en esfera del consumo (o, como prefiere llamarlo Foucault, los cuerpos se convierten en *cuerpos dóciles* mediante el ascenso de un poderoso aparato disciplinario, desde el siglo XVIII en adelante), ¿cómo puede su cuerpo ser la medida, el signo o el receptor de algo diferente a la circulación del capital o a los diversos mecanismos que lo disciplinan? O, por dar una versión más contemporánea del mismo argumento, si ahora todos somos organismos cibernéticos [cyborgs] (como sugiere Haraway en su celebrado manifiesto sobre el tema), ¿cómo podemos medir algo con independencia de ese abrazo mortal de la máquina como extensión de nuestro propio cuerpo y el cuerpo como extensión de la máquina?

Aunque el retorno del cuerpo como ámbito de una base más auténtica (epistemológica y ontológica) de las abstracciones teóricas que desde hace

demasiado tiempo gobiernan meramente como abstracciones quizá esté justificado, ese retorno no puede garantizar por sí mismo nada más que la producción de una autorreferencialidad narcisista. Haraway (1991, p. 190) comprende el problema. «Resulta que la objetividad –declara- se refiere a la personificación particular y específica, y definitivamente no a la falsa visión que promete trascendencia a todos los límites y a la responsabilidad». ¿De quién será, por lo tanto, el cuerpo que se erija en medida de todas las cosas? ¿Exactamente cómo y qué está en posición de medir dicho cuerpo? Éstas son preguntas difíciles a las que volveremos por fuerza una y otra vez. No podemos empezar a responderlas, sin embargo, sin comprender antes cómo se producen socialmente los cuerpos.

2. LA TEORÍA DEL SUJETO CORPORAL DE MARX

Supongamos que las categorías de Marx no se tachan de «rigurosamente desestabilizadas». Yo no defiendo esa suposición, aunque señalo que a partir de los Manuscritos París Marx (1978, p. 385) basó sus argumentos ontológicos y epistemológicos en una verdadera interacción sensorial del cuerpo con el mundo:

> *Los sentidos (Vid. Feuerbach) tienen que ser la base de toda ciencia, Ésta no es real más que cuando parte de los sentidos en la doble figura de la conciencia sensible y de las necesidades sensibles; o sea, cuando parte de la naturaleza (p. 385).*

Marx elaboró también una filosofía de las relaciones internas y de la dialéctica consecuente con la concepción relacional del cuerpo esbozada aquí (especialmente por Strathern). La prisa actual por la vuelta al cuerpo como base irreducible de todo argumento es, por lo tanto, una prisa por volver al punto de partida de Marx, entre otros muchos.

Aunque no nos dice todo lo que pudiéramos desear saber, Marx sí propone una teoría de la producción del sujeto corporal bajo el capitalismo. Dado que todos vivimos en el mundo de la circulación y la acumulación de capital, esto tiene que formar parte de cualquier argumento sobre la naturaleza del cuerpo contemporáneo. Evadirlo (sobre la engañosa base de que las categorías de Marx están desestabilizadas o, peor aún, pasadas de moda) es evadir un aspecto vital de cómo se debe problematizar el cuerpo. Y aunque la teorización que Marx hace en El capital se interpreta a menudo (incorrectamente, como espero demostrar) como un análisis pesimista de cómo los cuerpos, interpretados como entidades pasivas que ocupan determinados papeles económicos performativos, son modelados por las fuerzas externas de la circulación y la acumulación de capital, es precisamente este análisis el que informa sus otros análisis sobre cómo pueden producirse y se producen en los seres humanos los procesos transformadores de la resistencia, el deseo de reforma, rebelión y revolución.

Un paso preparatorio ampliará un tanto la definición marxiana convencional «clase» (o, más exactamente, de «relación de clase») bajo el capitalismo para significar posicionalidad en relación con la circulación y la acumulación de capital. A menudo Marx fijo esta relación en términos de derechos de propiedad sobre los medios de producción incluidos, en el caso del trabajador, los derechos de propiedad sobre su cuerpo, pero quiero sostener esta definición es demasiado limitada para captar siquiera el contenido de los propios análisis de Marx (recuérdese que Marx evitó

presentar definición sociológica formales de la clase en sus obras). armados con dicha definición de posicionalidad respecto a la circulación y la acumulación de capital, podemos articular mejor las contradicciones internas de las múltiples posicionalidades en las que operan los seres humanos, el obrero como persona es un trabajador, un consumidor, un ahorrador, un enamorado y un portador de cultura, y puede incluso ser un empresario ocasional y propietario de tierras, Mientras que el obrero como papel económico - la categoría que Marx y analiza en el capital- es singular.

Considérese ahora un concepto sistémico específico propuesto por Marx. El capital variable hace referencia a la compra venta uso de la fuerza de trabajo como mercancía. Pero al avanzar el análisis de Marx, se hace evidente que hay un proceso de circulación distinto al del propio capital variable. El obrero (una persona) vende fuerza de trabajo (una mercancía) al capitalista para que la utiliza en el proceso de trabajo A cambio de un salario en dinero que permite al obrero comprar mercancías de producción capitalista para vivir y volver a trabajar...La distinción que Marx hace entre obrero (en tanto que persona, organismo, voluntad) y fuerza de trabajo (la que se extrae como mercancía del cuerpo del obrero) proporciona inmediatamente una oportunidad a la crítica radical. Los obreros están necesariamente alienados porque los capitalistas se apropian de sus capacidades creativas a través de la mercancía fuerza de trabajo. Pero podemos ampliar la cuestión: ¿qué efecto tiene la circulación de capital variable (la extracción de fuerza trabajo y plusvalor) en los cuerpos (las personas y las subjetividades) de aquellos a través de quienes circula? La respuesta se descompone inicialmente en una consideración de lo que sucede en los diferentes momentos de consumo productivo, intercambio y consumo individual.

El consumo productivo

El consumo productivo de la mercancía fuerza de trabajo en el proceso de trabajo ejecutado bajo el control del capitalista exige, inter alía, la movilización del «espíritu animal», de los impulsos sexuales, de los sentimientos afectivos y de las fuerzas creativas del trabajo para un propósito dado, definido por el capital. Eso significa: aprovechar las potencias básicas de cooperación/colaboración de los seres humanos; la cualificación, descualificación y recualificación de las fuerzas de trabajo de acuerdo con los requisitos tecnológicos; la aculturación y rutinización de las tareas; el encierro en ritmos espacio-temporales estrictos de actividades reguladas (y a veces espacialmente confinadas); subordinaciones frecuentes de los ritmos y deseos corporales «como apéndice de la máquina»; la socialización en largas horas de trabajo concentrado con una intensidad variable pero a menudo en aumento; el desarrollo de divisiones del trabajo de diferentes cualidades (dependiendo de la heterogeneidad u homogeneidad de las tareas, la organización de las divisiones de trabajo detalladas frente a las sociales); la respuesta a la jerarquía y la sumisión a estructuras de autoridad dentro del lugar de trabajo; la separación entre las operaciones y las fuerzas mentales y manuales, y, por último, aunque no en menor medida, la producción de variabilidad, fluidez y flexibilidad de las fuerzas de trabajo capaces de responder a esas rápidas revoluciones en los procesos de producción, tan típicas del desarrollo capitalista.

Incluyo esta lista (obtenida de El capital de Marx) principalmente para demostrar que las exigencias de la producción capitalista fuerzan los límites del cuerpo trabajador -sus capacidades y posibilidades- en sentidos

diferentes y a menudo fundamentalmente contradictorios. Por una parte, el capital exige trabajadores preparados y flexibles, pero por la otra rechaza la idea de que los trabajadores piensen por sí mismo. Aunque la idea de la preparación del trabajador parece importante, no puede ser tipo de educación que permita pensar libremente. El capital exige ciertas habilidades pero aborrece cualquier habilidad monopolizable. Aunque un «gorila entrenado» pueda bastar para algunas tareas, para otras son necesarios trabajadores responsables y creativos. Aunque la sumisión y el respeto a la autoridad (a veces equivalente a abyecto sometimiento) es primordial, también es necesario liberar y movilizar las pasiones creativas, las respuestas espontáneas y el espíritu animal necesarios para «fuego moldeador» del proceso de trabajo. Quizás hagan falta cuerpos sanos, pero a menudo se producen deformidades, patologías y enfermedades. Marx pone de relieve dichas contradicciones:

> *La índole de la gran industria condiciona, por tanto, el cambio del trabajo, la fluidez de las funciones, la movilidad multilateral del obrero. Por otro lado, reproduce, en su forma capitalista, la vieja división del trabajo con sus particularidades osificadas. Ya vimos cómo esta contradicción absoluta eliminaba toda tranquilidad, firmeza, seguridad en la vida del obrero. [...] Pero si ahora la variación del trabajo sólo se impone como una ley natural arrolladora y con la ciega eficacia destructora propia de una ley natural que choca en todas partes con obstáculos, la gran industria, con sus mismas catástrofes, erige en cuestión de vida o muerte la variación de los trabajos y, por tanto, obliga a reconocer como ley general de la producción social y a adaptar a las circunstancias su normal realización, la mayor multiplicidad posible de obreros (El capital, Libro I, tomo II, pp. 229-230).*

Marx considera que estas contradicciones se resuelven histórica y dialécticamente (en gran medida, aunque no exclusivamente, mediante el uso de la fuerza coercitiva y la lucha activa). Pero la historia creativa del capitalismo se ha debido en parte al descubrimiento de nuevas formas (y potencialidades) de usar el cuerpo humano como portador de la capacidad de trabajar. Marx observa (El capital, Libro I, tomo II, p. 228), por ejemplo, que «la tecnología descubrió igualmente las pocas grandes formas fundamentales del movimiento en el que sucede toda actividad productiva del cuerpo humano». Se reinventan capacidades más antiguas del cuerpo humano y se revelan otras nuevas. El desarrollo de la producción capitalista implica una trasformación radical de aquello que constituye el cuerpo trabajador. Se presiona al inacabado proyecto del cuerpo humano para que avance en un conjunto de sentidos contradictorios. Y para explorar estas posibilidades se ha establecido toda una hueste de ciencias que diseñan y exploran los límites del cuerpo humano como máquina productiva, como organismo fluido. Gramsci (edición de 1971), entre otros, subraya una y otra vez que el capitalismo hace precisamente referencia a la producción de un nuevo tipo de cuerpo trabajador.

Aunque dichas contradicciones se pueden interiorizar en la fuerza de trabajo en su conjunto, esto no significa necesariamente que se interioricen en el cuerpo de cada trabajador. De hecho, el principal atractivo de la propia representación de Marx es que el «cuerpo colectivo» de la fuerza de trabajo se descompone en jerarquías de cualificación, de autoridad, de funciones mentales y manuales, etc., de tal forma que la categoría de tal variable se

hace internamente heterogénea. Y esta heterogeneidad es inestable. El cambio perpetuo que se produce en el modo de producción capitalista garantiza que requisitos, las definiciones de cualificación, los sistemas de autoridad, las divisiones del trabajo, etc., nunca se estabilicen durante mucho tiempo. A pesar de que el trabajador colectivo sea fragmentado y segmentado, por lo tanto, las definiciones de los segmentos y las relaciones entre ellos serán inestables y los movimientos de los trabajadores individuales dentro de los segmentos y entre segmentos serán, en consecuencia, complejas. No es difícil comprender que ante estas contradicciones y múltiples inestabilidades el capitalismo exigirá cierto tipo de aparato disciplinario de supervisión, castigo y control ideológico al que Marx alude frecuentemente y que Foucault elabora de manera que a mi me parece ampliamente complementaria más que antagónica al proyecto de Marx. Pero la inestabilidad nunca desaparece (como ha observado toda la geografía histórica de la cualificación, la descualificación, la recualificación, etc.). Aunque la inestabilidad es desconcertante, a veces destructiva y siempre difícil de soportar, proporciona múltiples oportunidades para la subversión y la oposición por parte de los obreros.

¿Pero de quién es el cuerpo inserto en la circulación del capital variable y con qué consecuencias? Marx no proporciona una respuesta sistemática a esa cuestión, en parte porque éste no era el objeto principal de su investigación teórica (se dedicó en gran medida a analizar funciones económicas, más que a las personas). Quién se inserta exactamente dónde es una detallada cuestión historicogeográfica que desafía cualquier respuesta teórica sencilla. Marx es claramente consciente de que los cuerpos son diferentes y están marcados por distintas capacidades y calidades productivas físicas, de acuerdo con la historia, la geografía, la cultura y la tradición. También es consciente de que los signos de raza, etnia, edad y género se utilizan como medidas externas de lo que es capaz de hacer cierto tipo de trabajador o de qué le está permitido hacer. La incorporación de las mujeres y los niños a la circulación del capital variable en la Gran Bretaña del siglo XIX se produjo por ciertas razones específicas que Marx hace todo lo posible por elaborar. Esto a su vez provocó efectos característicos, uno de los cuales fue convertir la lucha por la duración de la jornada de trabajo y la regulación del trabajo en las fábricas en una lucha específica por proteger a mujeres y niños de los impactos que provoca «el hambre lobuna» que el capitalismo tiene de plusvalor. Además, el empleo de mujeres y niños como obreros asalariados no sólo proporcionó «una nueva base para la división del trabajo», sino que también supuso (y sigue suponiendo) una oposición fundamental a muchas concepciones tradicionales de la familia y del papel de los géneros:

Y por espantosa y repugnante que parezca la disolución de la Vieja familia dentro del sistema capitalista, no es menos cierto que la gran industria, al asignar a la mujer, al adolescente y al niño de ambos sexos un papel decisivo en los procesos socialmente organizados de la producción, trascendiendo así la esfera doméstica, crea las nuevas bases económicas de una forma superior de familia y de las relaciones entre los sexos. [...] También es evidente que la composición del personal obrero combinado, en el que entran individuos de ambos sexos y de las más diversas edades, aunque en su forma espontáneamente brutal, capitalista, donde el obrero existe en función del proceso de producción y no el proceso de producción para el operario, sea una fuente pestífera de corrupción y esclavitud, bajo

las condiciones adecuadas ha de convertirse, por el contrario, en fuente de desarrollo humano (El capital, Libro I, tomo II, pp. 232-233).

En algunas observaciones sobre la esclavitud, el colonialismo y los inmigrantes (por ejemplo, los irlandeses en Gran Bretaña), Marx deja claro que las construcciones de raza y etnia están igualmente implicadas en el proceso de circulación del capital variable. En la medida en que el género, la raza y la etnia se interpretan como construcciones sociales más que como categorías esencialistas, también el efecto de su inserción en la circulación del capital variable (incluida la situación en la heterogeneidad interna del trabajo colectivo y, por consiguiente, en la división del trabajo y del sistema de clases) tiene que contemplarse como una poderosa fuerza que las reconstruye en forma claramente capitalistas.

De todo esto se desprenden diversos corolarios. En primer lugar, la productividad de una persona se reduce a la capacidad de producir plusvalor. Ser un trabajador productivo, señala irónicamente Marx (El capital, Libro I, tomo II, p. 256), «por tanto, no es ninguna dicha, sino una desgracia»; el único valor que el obrero puede tener no está determinado por el trabajo hecho y el efecto social útil, sino por «una relación de producción específicamente social, [...] que convierte al trabajador en medio directo de valorización del capital». La diferencia entre lo que el obrero como persona podría desear y lo que se exige de la mercancía fuerza de trabajo extraída de su cuerpo es el nexo de la alienación. Y aunque los trabajadores como personas pueden valorarse de diferentes formas dependiendo de cuáles piensen que son su productividad, su utilidad y su valor para los demás, la valoración social más restringida dada por su capacidad de producir plusvalor para el capital sigue necesariamente siendo un elemento esencial en su vida (como descubren también incluso mandos intermedios con un nivel de formación muy elevado cuando los despiden). Cuál es exactamente el valor, sin embargo, depende de condiciones externas al proceso de trabajo, girando, por lo tanto, en torno a la cuestión del intercambio.

En segundo lugar, la falta de productividad, la enfermedad (o cualquier tipo de patología), se define dentro de este proceso de circulación como incapacidad para ir a trabajar, incapacidad para rendir adecuadamente en la circulación del capital variable (de producir plusvalor) o de soportar sus normas disciplinarias (los efectos institucionales analizados por Rothman [1971] y Foucault [1995] provocados por la construcción de manicomios y prisiones se registran ya con fuerza en los capítulos de Marx sobre «La jornada laboral» y «La llamada acumulación originaria»). Quienes no pueden (por razones físicas, psíquicas o sociales) seguir funcionando como capital variable, caen en el «hospital» del ejército industrial de reserva (bajo el capitalismo, la enfermedad se define en general como incapacidad para trabajar) o bien en ese indisciplinado infierno del lumpemproletariado (léase «clase marginal»), por el que Marx tenía desgraciadamente tan poca simpatía. La circulación del capital variable, al ser un elemento tan esencial para el funcionamiento del capitalismo en cuanto sistema social, define los papeles de «quienes están dentro» empleados y de «quienes están fuera» desempleados (a menudo discriminados y estigmatizados) que tienen ramificaciones para el conjunto de la sociedad. Esto nos lleva de nuevo al momento del «intercambio».

El intercambio de capital variable

La mercancía que el obrero (en tanto que persona) intercambia con el capitalista es la fuerza de trabajo, la capacidad de dedicarse a un trabajo concreto. La condición básica del contrato es supuestamente que el capitalista tiene derecho a todo lo que el obrero produzca, tiene derecho a dirigir el trabajo, a determinar el proceso de trabajo y a disponer del libre uso de la capacidad de trabajar durante las horas y según la tasa de remuneración estipuladas en el contrato. A menudo se realizan protestas contra los derechos del capital, y es interesante contemplar en qué se basan. Aunque los capitalistas quizá tengan pleno derecho sobre la fuerza de trabajo como mercancía, no tienen derechos legales sobre la persona del trabajador (eso sería esclavitud). Marx insiste una y otra vez en que éste es un principio fundamental del trabajo asalariado bajo el capitalismo.

El trabajador en cuanto persona debería tener plenos derechos sobre su propio cuerpo y debería entrar siempre en el mercado de trabajo en condiciones de libertad y contrato, aun cuando, como señala Marx (*El capital*, Libro I, tomo I, p. 227), un trabajador es «libre en el doble sentido de que, en cuanto persona libre, disponga de su fuerza de trabajo como mercancía suya, y de que, por otro lado, no tenga otras mercancías que vender, que esté suelto y vacante, libre de todas las cosas necesarias para la realización, de su fuerza de trabajo». Pero la distinción entre el trabajador como persona y como fuerza de trabajo tiene otras implicaciones. El capitalista no tiene derecho forma arriesgar el cuerpo de la persona, por ejemplo, y las prácticas de trabajo que lo hacen son susceptibles de resistencia. Este principio es aplicable incluso al ámbito del capital cultural y corporal (según la definición de Bourdieu): de ahí mucha de la resistencia la descualificación, a las redefiniciones de la cualificación, etc. Por supuesto, estas legalidades son objeto de continuas transgresiones en el capitalismo, y a menudo surgen situaciones en las que el cuerpo y la persona del trabajador se toman en condiciones similares a la esclavitud. Pero el argumento de Marx es que la conservación de la integridad y la plenitud de la persona y el cuerpo del trabajador dentro del proceso de circulación del capital variable es el fulcro sobre el que tiene lugar la protesta y la lucha de clases dentro y fuera del proceso de trabajo. Incluso la legalidad burguesa (tal y como se incorporó entonces en las Leyes Fabriles [Factory Acts], por ejemplo, y ahora en las normas de seguridad e higiene en el trabajo) ha de aceptar la diferencia que media entre tener derecho a la fuerza de trabajo como mercancía y el no tener derecho a persona portadora de dicha mercancía.

Esta lucha se extiende a la determinación del valor del propio capital variable, porque aquí la «necesidad» del cuerpo del trabajador conforma el dato del que depende, las condiciones del contrato. En El capital, Marx, a efectos de análisis, presume que en un determinado lugar y momento dichas necesidades son fijas y conocidas (sólo de esta forma podemos establecer claramente cómo se produce el capital mediante la extracción de plusvalor). Pero Marx comprendió perfectamente que estas condiciones nunca son fijas, sino que dependen de circunstancias físicas (por ejemplo, el clima), de condiciones culturales y sociales, de la larga historia de lucha de clases sobre lo que es un salario digno para el trabajador, así como de la concepción moral respecto a qué es o no tolerable en una sociedad civilizada. Considérese cómo presenta Marx (El capital, Libro I, tomo I, p. 311) la cuestión en su capítulo sobre «La jornada de trabajo»:

Durante una parte del día la fuerza tiene que descansar, dormir, y durante otra parte del día tiene el hombre que satisfacer otras necesidades físicas, alimentarse, limpiarse, vestirse, etc. Además de este límite puramente físico, la prolongación de la jornada de trabajo choca con límites morales. El obrero necesita tiempo para satisfacer necesidades espirituales y sociales, cuyo volumen y número Vienen determinados por el nivel general de civilización. Por eso, la variación de la jornada de trabajo se mueve dentro de unos límites físicos y sociales.

El principal argumento de crítica que Marx hace al capitalismo es que con mucha frecuencia conculca, desfigura, somete, mutila y destruye la integridad del cuerpo trabajador (inconcluso de formas que pueden resultar peligrosas para una mayor acumulación de capital). Es, además, en términos de las potencialidades y las posibilidades de dicho cuerpo trabajador (su «ser genérico», como lo denominó Marx [edición de 1964] en su obra anterior) como se plantea inicialmente la búsqueda de un modo de producción alternativo.

Pero el plusvalor depende de la diferencia entre lo que el trabajo consigue (el valor de la fuerza de trabajo) y lo que el trabajo crea (el valor de la mercancía producida). El valor de uso de la fuerza de trabajo en cuanto mercancía para el capitalista consiste en que puede desempeñar un trabajo concreto para insertar una cantidad determinada de trabajo abstracto en la mercancía producida. Para el capitalista lo que cuenta es el trabajo abstracto, y el valor de la fuerza de trabajo y las prácticas concretas del trabajador son sometidas a disciplina y reguladas dentro de la circulación del capital variable por «leyes del valor» que toman trabajo abstracto como dato.

El valor del trabajo abstracto se mide mediante el intercambio de mercancías en el espacio y en el tiempo y, en última instancia, en el mercado mundial. El valor es una elaboración espacio-temporal específica que depende del desarrollo de toda una gama de prácticas espaciotemporales (incluida la territorialización de la superficie terrestre mediante derechos de propiedad y la formación estatal y el desarrollo de redes geográficas y sistemas de intercambio para el dinero y todas las mercancías, incluida la de la propia fuerza de trabajo). El valor de la fuerza de trabajo para el capitalista depende en sí mismo de la realización de valor en un mundo de prácticas espacio-temporales y politicoeconómicas socialmente establecidas. Esto limita el valor que el trabajador puede adquirir en un lugar determinado tanto en la producción como en el mercado. Además, las condiciones de intercambio de la fuerza de trabajo están limitadas en los mercados de trabajo por sesgos sistemáticos (están bien documentadas las disparidades de género y raciales en la remuneración ofrecida por igual trabajo) y por la movilización de un ejército industrial de reserva (ya sea *in situ* o mediante los movimientos migratorios del capital y del trabajo en busca de «mejores» condiciones contractuales).

Es exactamente en este punto en el que se hace explícita la conexión entre lo que ahora conocemos como «globalización» (véase el capítulo 4) y el cuerpo. ¿Pero qué deberíamos pensar a este respecto? Marx describe la circulación del capital variable como el intercambio de «una mercancía por otra»: el trabajador intercambia el valor de uso de la fuerza de trabajo por el valor de uso de las mercancías que puede comprar con su salario. Los intercambios de este tipo son normalmente muy localizados y específicos de un lugar. El trabajador debe llevar su cuerpo al trabajo cada día (incluso bajo condiciones de teledesplazamiento). Pero la fuerza de trabajo se inserta

como mercancía en un proceso de circulación Dinero-Mercancía-Dinero que escapa fácilmente de las limitaciones espaciotemporales de los mercados de trabajo locales y que contribuye a la acumulación de capital en el escenario mundial. La acumulación acelera el tiempo de rotación (acorta los periodos de trabajo, los tiempos de circulación, etc.) y aniquila simultáneamente el espacio mediante el tiempo, mientras que conserva ciertas territorialidades (de la fábrica y del Estado-nación) como ámbitos de supervisión y control social. La espacio-temporalidad definida en una escala (la de la «globalización» y sus significados asociados) se cruza con cuerpos que funcionan en una escala mucho más localizada. La traducción entre escalas espacio-temporales se consigue aquí mediante la intersección de dos procesos de circulación cualitativamente diferentes, uno de los cuales se define mediante la larga geografía histórica de la acumulación de capital, mientras que el otro depende de la producción y reproducción del cuerpo trabajador en un espacio mucho más restringido. Esto conduce a graves disgregaciones, como las que Hareven (1982) identifica en su libro Family Time and Industrial Time. Pero, como demuestra Hareven, estos dos sistemas espacio-temporales, a pesar de ser cualitativamente diferentes entre sí, tienen que hacerse «cogredientes» o «compasibles» entre sí (para una explicación más amplia de estos términos, véase Harvey, 1996). De esta forma se establecen los vínculos entre lo «local» y lo «planetario». Las diferentes cualidades corporales y los modos de valoración (incluido el grado de respeto a la integridad corporal y a la dignidad del trabajador) conseguidos en diferentes lugares se introducen en un entorno espacialmente competitivo mediante la circulación del capital. El desarrollo geográfico desigual de las prácticas corporales y de las sensibilidades de aquellos que venden su fuerza de trabajo se convierte en uno de los rasgos definidores de la lucha de clases librada por el capital y el trabajo.

Dicho en términos contemporáneos más directos, la creación de desempleo mediante los recortes de plantilla, las redefiniciones de las cualificaciones y de la remuneración por dichas cualificaciones, la intensificación de los procesos de trabajo y de los sistemas de control autocráticos, el aumento del despotismo provocado por divisiones del trabajo detalladas, la inserción de inmigrantes (o, lo que equivale a lo mismo, la migración del capital a fuentes de trabajo alternativas) y la lucha competitiva obligatoria entre diferentes prácticas corporales y modos de valoración alcanzados bajo diferentes condiciones históricas y culturales contribuyen conjuntamente a la valoración geográfica desigual de los trabajadores como personas. Las manifiestas consecuencias sobre el cuerpo de los trabajadores cuyas vidas están insertas en la circulación del capital variable son realmente poderosas. Los centros de trabajo neoyorquinos donde se superexplota a los bajadores se parecen a establecimientos similares localizados en Guatemala y someten a los trabajadores incorporados a los mismos a un régimen de disciplina corporal totalizador y violentamente represivo. La creación de relaciones espacio-temporales especificas mediante la circulación del capital establece asimismo una conexión entre las de diseño que llevamos encima, las zapatillas Nike con las que hacemos deporte, las alfombras orientales sobre las que caminamos y las decenas de miles de mujeres y niños fuertemente explotados en América Central, Indonesia y Pakistán (por nombrar sólo algunos de los puntos de producción de dichas mercancías).

El momento del consumo

El trabajador o la trabajadora no sólo se encuentran en la senda del capital variable como productor e intercambiador. Se encuentran también en ese proceso de circulación como consumidor y reproductor de yo (individual y socialmente). Una vez en posesión del dinero, el trabajador/trabajadora está dotado de toda la autonomía unida a cualquier práctica de mercado:

Es el propio trabajador quien convierte el dinero en los usos de valor que desee; es él quien compra las mercancías que desea y, como propietario del dinero, como comprador de las mercancías, se sitúa exactamente en la misma posición respecto a los vendedores de mercancías que cualquier otro comprador. Por supuesto, sus condiciones de existencia -y la cantidad limitada de dinero que puede ganar- lo fuerzan a comprar entre una selección de mercancías bastante restringida. Pero es posible cierta variación, como podemos ver del hecho de que los periódicos, por ejemplo, formen parte de las compras esenciales del trabajador urbano inglés. Puede ahorrar y acumular un poco. O puede derrochar su dinero en beber. Aun así, actúa como agente libre; debe pagar lo suyo; es responsable de la forma en que gasta sus salarios (Marx, 1976, p. 1.033).

Este es un ejemplo de que Marx apela tácitamente a «la posicionalidad en relación con la acumulación de capital» como de definición práctica de las relaciones de clase. Al cambiar el objeto privilegiado de atención, también cambia el significado de la posicionalidad de clase. El trabajador tiene la libertad limitada de elegir no sólo su estilo de vida personal, sino también, mediante el ejercicio colectivo de preferencias de demanda, de expresar sus deseos (individual y colectivamente) y, por lo tanto, influir en la decisión capitalista sobre qué producir. La elaboración de esa idea nos permite ver, cuando contemplamos la circulación del capital variable en conjunto, que lo que es cierto para el trabajador individual es bastante más limitado cuando se observa desde el punto de vista de la colectividad:

> *La clase capitalista da continuamente a la clase obrera, en forma de dinero, asignaciones de una parte del producto creado por esta última y apropiado por la primera. El obrero devuelve continuamente estas asignaciones a la clase capitalista, sustrayéndole así la parte que le corresponde de su propio producto. [...] Así pues, el consumo individual del obrero es un momento de la producción y reproducción del capital, ocurra dentro o fuera del taller, fábrica, etcétera, dentro o fuera del proceso de trabajo. [...] Así pues, desde el punto de vista social, la clase obrera, incluso fuera del proceso directo de trabajo, es un accesorio del capital tanto como pueda serlo el instrumento inanimado de trabajo (ibid, Libro I, tomo III, pp. 11, 17, 18).*

Resulta instructivo considerar en mayor profundidad lo que equivale a una relación de «tienda de empresa» entre el capital y el trabajo. La renta que los trabajadores pueden gastar constituye una importante masa de demanda efectiva de productos capitalistas (ésta es la relación que Marx explora más ampliamente en el volumen 2 de El capital). La acumulación por la acumulación en sí apunta bien a un aumento de la masa de trabajadores a quienes se pueden vender las necesidades bien a un cambio

en el nivel de vida de los trabajadores (normalmente significa ambas). La producción de nuevas necesidades, la apertura de líneas de productos completamente nuevas que definen estilos de vida y hábitos de consumo diferentes, se introduce como importante medio para evitar y resolver las crisis. Podemos ver más claramente por qué se debe interpretar el capital variable como un proceso de circulación (en lugar de como simple flecha causal) porque es mediante el pago de salario como se garantiza parcialmente la renta disponible para comprar el producto de los capitalistas.

Pero todo esto supone un «consumo racional» por parte de los trabajadores; racional, es decir, desde el punto de vista de la acumulación de capital (Marx, edición de 1978, p. 591). La organización, movilización y canalización de los deseos humanos, la dedicación politica activa a las tácticas de persuasión, vigilancia y coerción se convierten en parte del aparato de consumo del capitalismo, produciendo a su vez todo tipo de presiones sobre el cuerpo como ámbito y agente performativo del «consumo racional» para una mayor acumulación (cfr. la obsesión de Henry Ford por formar trabajadores sociales que controlasen el presupuesto de sus trabajadores).

Pero los términos de «consumo racional» no están en absoluto fijados, en parte debido a los inevitables efectos desestabilizadores que tienen las perpetuas revoluciones en las tecnologías y los productos capitalistas (revoluciones que afectan a la economía doméstica tanto como a la fábrica), pero también porque, dado el elemento discrecional en el uso que el trabajador hace de la renta disponible, hay mucho potencial para la lucha social sobre el estilo de vida y en las prácticas corporales asociadas, al igual que en el propio ámbito de la producción. Las luchas por el salario social -por la extensión, la dirección y los efectos distributivos del gasto público, por ejemplo- se han convertido en un elemento crítico para establecer el punto de partida de lo que se debería entender como nivel de vida adecuado en un país «civilizado». Las luchas por la relación entre el «trabajo doméstico» y el «trabajo en el mercado» y la asignación de tareas a los dos géneros dentro del ámbito doméstico entran también en el cuadro(cfr. en El capital, Libro I, tomo III, pp. 111-112, n. 121, el comentario sobre que la importancia del trabajo doméstico es «encubierta por la economía política oficial» y el debate revivido en la década de 1970 sobre el papel del trabajo doméstico en relación la circulación del capital variable).

Aunque este momento de la circulación del capital variable no está completamente ausente en el análisis de Marx, este no lo resalta demasiado. Con Estados Unidos en mente, Lowe (1995, p. 67) afirma ahora que:

El estilo de vida constituye las relaciones sociales del consumo en el capitalismo tardío, tan distinto de la clase como de las relaciones sociales de producción. La construcción y la presentación visual del yo en función de las relaciones de consumo han ensombrecido las relaciones de clase de producción en el lugar de trabajo. [...] [El consumo] está en sí dinámicamente desarrollado por el diseño y la producción de las características cambiantes de los productos, la yuxtaposición de imagen y signo en el estilo de vida y el formato y la segmentación de los mercados de consumidores.

Esto sugiere una doble contradicción dentro del mundo capitalista avanzado (y una naciente contradicción en los países en vías de desarrollo).

En primer lugar, al someterse sin cuestionarlos y sin una lucha significativa a los dictados del capital en la producción (o al canalizar la lucha exclusivamente hacia el fin de aumentar la renta disponible), los trabajadores pueden abrir para sí mismos terrenos más amplios de decisión diferenciadora (social o individual) con respecto al estilo de vida, las expresiones de deseo, la búsqueda de placeres, etc., dentro del momento de consumo. Esto no proporciona automáticamente una mayor felicidad y satisfacción. Como señala Marx (edición de 1965, p. 33):

Aunque los placeres del obrero han aumentado, la gratificación social que le proporcionan ha caído en comparación con el aumento de placeres del capitalista. Nuestros deseos y placeres tienen su origen en la sociedad; nosotros los medimos, por lo tanto, en relación con la sociedad; no los medimos en relación con los objetos que sirven para su gratificación. Dado que son de naturaleza social, son de una naturaleza relativa.

Al contrario, al encerrar a los trabajadores en determinadas concepciones de estilo de vida, hábitos de consumo y deseo, los capitalistas pueden asegurarse más fácilmente el cumplimiento dentro del proceso de trabajo y al mismo tiempo captar nichos de mercado, distintivos y proliferantes, para sus ventas.

Surgen luchas entre cómo ejercen los trabajadores individual o colectivamente sus decisiones de consumidor y de estilo de vida y como intentan las fuerzas capitalistas captar y guiar dichas decisiones hacia una consumo racional para conseguir una acumulación sostenida. Marx no analiza en profundidad dichos conflictos, pero no hay una dificultad particular para integrarlos en su esquema. Claramente, el proceso está marcado por una extraordinaria heterogeneidad al mismo tiempo que cargado de inestabilidad. Por ejemplo, comunidades completas de estilo de vida (tales como las modeladas por las clases trabajadoras en ámbitos industriales o por tradiciones culturales específicas) pueden crearse dentro de la circulación del capital variable sólo para ser finalmente disueltas (incluso ante una considerable resistencia) por los mismos procesos que condujeron a su formación inicial. La reciente historia de desindustrialización está llena de ejemplos de este tipo.

Una amplia gama de prácticas corporales y de decisiones culturales respecto al consumo puede estar en principio inserta en la circulación del capital variable. La gama depende, por supuesto, de la cantidad de renta discrecional en posesión del trabajador (y, claramente, los mil millones aproximadamente de trabajadores que viven con menos de un dólar al día no pueden ejercer, ni mucho menos, tanta influencia como los trabajadores bien pagados de los países capitalistas avanzados). El capital variable no determina la naturaleza específica de las decisiones de los consumidores, ni siquiera de la cultura de los consumidores, aunque ciertamente tiene un efecto poderoso. Esto significa que la producción debe interiorizar poderosos efectos de tradiciones culturales y decisiones de los consumidores heterogéneas, ya se registren colectivamente mediante la acción política (para establecer un «salario social» mediante programas de seguridad social) o individualmente mediante decisiones de consumo personales. En este sentido es en el que resulta significativo hablar de momentos de producción y consumo como cuestión de relaciones internas recíprocas.

La circulación del capital variable en su conjunto

Considerese, por consiguiente, la figura del trabajador/trabajadora atrapado en las normas de circulación del capital variable en su conjunto. El mundo de experiencias, la presencia física, la subjetividad y la conciencia de esa persona se forjan parcial, si no predominantemente, en el ardiente crisol del proceso de trabajo, la apasionada lucha por a alcanzar valores y ventajas competitivas en los mercados de trabajo, y en los perpetuos deseos y las deslumbrantes frustraciones de la cultura de las mercancías. Se forjan tambien en la matriz de las relaciones espacio-temporales entre personas, en buena parte ocultas tras el intercambio y el movimiento de cosas. Las evidentes inestabilidades dentro de la circulación del capital variable unidas a las diferentes ventanas al mundo construidas mediante los momentos de producción, intercambio y consumo sitúan en gran medida al cuerpo que trabaja a merced de toda una serie de fuerzas ajenas al control de cualquier individuo. En este sentido, el cuerpo que trabaja debe considerarse una relación interna de los procesos histórica y geográficamente alcanzados de circulación capital.

Cuando, sin embargo, consideramos el proceso de acumulación en su conjunto, Vemos también que «el mantenimiento y la reproducción de la clase obrera sigue siendo condición necesaria para la reproducción del capital». Se mantiene a la clase obrera, en efecto, cautiva en una relación de «tienda de empresa» con la acumulación de capital que la convierte en un apéndice del capital en todos los momentos de su existencia. El capitalista, en resumen, «produce al trabajador como obrero asalariado». Marx (edición de 1973 , pp. 717-718) continúa:

El capital dado a cambio de la fuerza de trabajo se convierte en medio de subsistencia que hay que consumir para reproducir los músculos, los nervios, los huesos y el cerebro de los trabajadores existentes y para traer al mundo a otros trabajadores. Dentro de los límites de lo absolutamente necesario, por lo tanto, el consumo individual de la clase obrera es la conversión de los medios de subsistencia dados por el capital a cambio de la fuerza de trabajo en nueva fuerza de trabajo que el capital puede a continuación volver a explotar. Es la producción y reproducción del medio de producción más indispensable para el capitalista: el trabajador.

Se plantea entonces inmediatamente la cuestión de la reproducción. Marx no previó esta cuestión, dejándola, como el capitalista, «a los impulsos de autoconservación y propagación del trabajador». La única norma que propone es que la familia obrera, a la que se niega el acceso a los medios de producción, lucharía, tanto en tiempos de prosperidad como de depresión, por acumular la única forma de «propiedad» que posee: la propia fuerza de trabajo. De ahí deriva una conexión entre el aumento de la acumulación y el «máximo crecimiento de la población, de las capacidades vivas de trabajo», (Marx, edición de 1973, p. 608).

Pero también está claro que a medida que los obreros vayan adquiriendo propiedad o se muevan para adquirir capital cultural además de «capital humano» en forma de cualificación, es probable que esta ecuación cambie y genere estrategias reproductivas diferentes, junto con diferentes objetivos de provisión social mediante la lucha de clases dentro de las clases trabajadoras del mundo. Además, los ocasionales comentarios de Marx sobre «la familia» como unidad de reproducción socialmente establecida (unidos al tratado de Engels sobre Los orígenes de la familia, la propiedad

privada y el Estado, con su énfasis en la división del trabajo entre los sexos y la propagación de la especie) indican un punto básico en el que las cuestiones de sexualidad y género se cruzan con la economía política. Los análisis realizados por feministas socialistas en años recientes asumen aquí gran importancia. Si la circulación del capital variable total hace referencia a la reproducción de la clase obrera en general, la cuestión de las condiciones de su reproducción biológica y social deben plantearse de manera que reconozcan tales complejidades (cfr. la controversia entre Butler 1988, y Fraser, 1997).

Las posibilidades de reacción y revuelta contra el capital se definen a partir de las diferentes perspectivas de producción, intercambio, consumo o reproducción. En general, podemos seguir viendo, no obstante, que las perniciosas normas capitalistas que regulan el proceso de circulación del capital variable en su conjunto operan como fuerza constructiva/destructiva (tanto material como figurativamente) sobre los cuerpos trabajadores a través de estos momentos diferentes. El capital se esfuerza continuamente por moldear los cuerpos de acuerdo con sus propias exigencias, mientras que al mismo tiempo interioriza en su modus operandi efectos de cambio y deseos, carencias, necesidades corporales y relaciones sociales (a veces abiertamente expresadas como luchas colectivas de clase, de comunidad o de identidad) interminablente abiertos por parte del trabajador/a. Este proceso enmarca muchas facetas de la vida social, tales como las «decisiones» sobre la sexualidad y la reproducción biológica o sobre la cultura y las formas de vida, aun cuando dichas «decisiones» (si realmente lo son) se enmarcan más generalmente en el orden social y en sus códigos jurídicos, sociales y políticos predominantes y en sus prácticas disciplinarias (incluidas las que regulan la sexualidad).

El estudio de la circulación del capital variable no puede, por sí mismo, decirnos todo lo que necesitamos saber. Es, para empezar, sólo un subconjunto de numerosos procesos de circulación diferentes que componen la circulación del capital en general. Los capitales productivo, financiero, inmobiliario y mercantil tienen sus propias modalidades de movimiento, y la circulación de las rentas burguesas genera complejas relaciones entre «necesidades», «deseos» y «lujos» que afectan a las decisiones sobre el estilo de vida, a los símbolos de status y a las modas establecidas por los ricos, los poderosos y los famosos. Éstos establecen criterios relativos para los pobres ya que, como también insiste Marx, el sentido de bienestar es una medida comparativa más que absoluta y la diferencia entre ricos y pobres es tan importante como las condiciones de sustento absolutas. Además, las actividades mediadoras de los Estados (registradas mediante la circulación de los ingresos tributarios y deuda pública) para determinar los salarios sociales y establecer criterios de educación, salud, vivienda, etcétera, «civilizados» y «moralmente aceptables» desempeñan papeles cruciales en la escena mundial de la acumulación de capital y en el establecimiento de las condiciones en las que se puede desenvolver la circulación del capital variable. Lo importante aquí no es insistir en una explicación completa o rigurosa -ya sea teórica o histórica- de estos procesos entrecruzados sino afirmar que para comprender qué le sucede al cuerpo en la sociedad contemporánea es condición indiscutiblemente necesaria comprender las condiciones de circulación del capital variable.

Hay innumerables elaboraciones, modificaciones, reformulaciones e incluso oposiciones directas a la limitada pero rigurosamente argumentada teoría de Marx sobre la producción del cuerpo trabajador y las

subjetividades individuales y colectivas. Hay muchos aspectos que faltan en el esquema de Marx (o que se tocan sólo muy sucintamente), como lo sexual y lo erótico, las identificaciones de género y raciales de los cuerpos, lo psicoanalítico y lo figurativo, lo lingüístico y lo retórico, lo imaginario y lo mítico (por nombrar sólo algunas ausencias obvias). Las funciones del género en las divisiones espaciales y sociales del trabajo han sido el centro, por ejemplo, de una considerable cantidad de estudios en los últimos años (véanse, por ejemplo, Hanson y Pratt, 1994) y la cuestión de las relaciones de raza, de las discriminaciones étnicas/religiosas dentro de mercados de trabajo segmentados se ha puesto, igualmente, bajo el microscopio (véase, por ejemplo, Goldberg, 1993) de formas que han dado mucha más profundidad y razón a la observación hecha por Marx (El capital, Libro I, tomo I, pp. 398-399) de que «el trabajo de piel blanca no podrá emanciparse donde se estigmatice el trabajo de piel negra». Y hay también otros muchos procesos -metabólicos, ecológicos, políticos, sociales y psicológicos- que desempeñan papeles clave en relación con las prácticas y las posibilidades corporales.

Pero estas ausencias no pueden solucionarse mediante la eliminación del método o del fondo del enfoque de Marx: este último debe ampliarse, no negarse. El cuerpo humano es un campo de batalla en el que, y a cuyo alrededor, están en juego perpetuamente fuerzas socio-ecológicas de valoración y representación opuestas. Marx proporciona un rico aparato conceptual para comprender los procesos de producción corporal y representación vigentes en el capitalismo. Proporciona también, lo cual tiene idéntica importancia, una epistemología apropiada (histórico-geográfica además de disléctica) para enfocar la cuestión de cómo se producen los cuerpos, cómo se convierten en significantes y referentes de significados y cómo las prácticas corporales interiorizadas podrían a su vez modificar los procesos de autoproducción bajo las actuales condiciones de globalización capitalista.